



El diálogo como espacio de crecimiento y descubrimiento

“En el proceso de renovación de estos años aparece que la comunicación es uno de los factores humanos que adquieren una creciente relevancia para la vida de la comunidad religiosa. La exigencia más sentida de incrementar la vida fraterna de una comunidad lleva consigo la correspondiente necesidad de una comunicación más extensa y más intensa. Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda. Se da hoy una atención mayor a los distintos aspectos de la comunicación, aunque en medida y en forma diversa según los distintos institutos y las diversas regiones del mundo” (VFC nº 29).

“Sin diálogo y sin escucha, se corre el riesgo de crear existencias yuxtapuestas o paralelas, lo que está muy lejos del ideal de la fraternidad” (VFC 32).

“Es necesario para todos querer de verdad el bien del hermano, cultivando la capacidad evangélica de recibir de los otros todo lo que desean dar y comunicar. ‘Tened unos mismos sentimientos y un mismo amor; sed cordiales y unánimes. Con gran humildad, estimad a los otros como superiores. Buscad los intereses de los otros y no sólo los vuestros. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús’ (Filp. 2,2-5). Sólo en este clima las diversas formas y técnicas de comunicación, compatibles con la vida religiosa, pueden alcanzar resultados que favorezcan el crecimiento de la fraternidad” (VFC 33).

Dialogar parece ser la estrategia más civilizada e inteligente en un mundo cada vez más abierto, plural y reactivo ante actitudes excluyentes e intolerantes. Sí, el diálogo se reivindica mucho, pero, creo, se practica poco. Porque éste no es una coartada para la evasión, ni mera dialéctica, sino un compromiso serio con la verdad.

El diálogo es una búsqueda a través de la palabra; es, pues, intercomunicación humana. Su objetivo no es vencer, ni convencer, sino discernir, compartir y comulgar proyectos, inquietudes, ansias de verdad. Por eso, para un verdadero diálogo:

- Hay que saberse pobre, para no sorprenderse por la debilidad ajena.
- Ser libre, para ir más allá de las propias certezas.
- Tener esperanza y concederla.
- Personalizar y no sólo objetivizar.
- Perdonar y dejarse perdonar.



El diálogo como espacio de crecimiento y descubrimiento

- Agradecer la propia limitación (que nos abre a los otros y deshace el ídolo de la autosuficiencia) y la limitación ajena (que nos urge a entrar, respetuosamente, como “piedras vivas” (1Pe 2,5), en la construcción de los otros).
- Ser audaces, para romper la lógica de lo razonable y no detener la búsqueda a la puerta de los propios intereses.
- Priorizar la voluntad de colaboración, frente al deseo de protagonismo.
- Reconocer al otro como “palabra” del Señor.
- Voluntad de compartir y asumir generosamente la luz que viene del prójimo.

Acercándonos a la Palabra de Dios vemos cómo el diálogo fue una de las estrategias más fecundas de la *revelación* -Dios hablaba con Abrahán y con Moisés como un amigo, cara a cara, sin ocultarles sus proyectos (cf Éx 33,11; Dt 34,10; Gén 18,17; Am 3,7)- y de la *evangelización*. La conversación de Jesús con la samaritana culmina en “revelación”, al manifestar ésta su pobreza: “dame de esa agua” (Jn 4); el diálogo con Nicodemo convierte a éste en discípulo, al reconocer su necesidad de la verdad (Jn 3); el encuentro de Emaús acaba en una experiencia de Cristo resucitado, cuando los discípulos manifiestan sus dudas y temores (Lc 24); la conversación de Felipe con el ministro de Candace culmina en catequesis que le abra al bautismo (Hch 8).

El diálogo se revela, pues, como un espacio de crecimiento y de descubrimiento; no sólo de conversación sino de conversión. Un diálogo humano, nos hará más humanos; un diálogo cristiano, nos hará más cristianos; un diálogo fraterno nos hará más hermanos.

Hno. Domingo J. Montero Carrión

NOTA: el documento VFC es “*Vida fraterna en comunidad*” (en latín comienza “*Congregavit nos in unum*”) publicado por la Congregación el 2 de febrero de 1994.